



RETORNO A TIPASA

Albert Camus

Después de cinco días de caer sin tregua sobre Argel, la lluvia había terminado por mojar hasta el mismo bar. Desde lo alto de un cielo que parecía inagotable se precipitaban sobre el golfo incesantes torrentes de agua, viscosos a fuerza de ser espesos. Gris y blando como una gran esponja el mar se hinchaba en la bahía sin contornos. Pero la superficie de las aguas parecía casi inmóvil bajo la lluvia continua. Sólo de vez en cuando y a lo lejos un movimiento imperceptible y amplio levantaba por encima del mar un vapor turbio que llegaba hasta el puerto, por debajo del cinturón de avenidas mojadas. La ciudad misma con todas sus blancas paredes chorreantes de humedad exhalaba otro vaho que llegaba a encontrarse con el primero. Cualquiera fuera la parte hacia la que uno se volviera en ese momento, parecía que se respiraba agua, que se bebía el aire.

Yo andaba frente al mar ahogado en actitud paciente en este Argel de diciembre que para mí era la ciudad de los veranos. Había ruido de la noche de Europa, del invierno de los rostros. Pero aun la ciudad de los veranos se había vaciado de sus risas y no me ofrecía más que lomos redondos y brillantes. Por las noches, en los cafés violentamente iluminados donde solía refugiarme, leía mi edad en los rostros que reconocía sin poder empero recordar el nombre de sus dueños. Sabía únicamente que habían sido jóvenes conmigo y que ya no lo eran.

1971-1972.

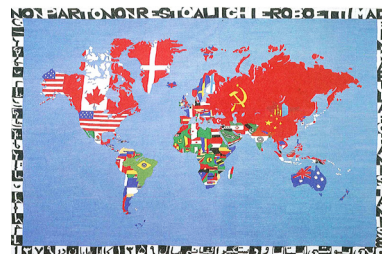
Sin embargo me obstinaba en permanecer allí, sin saber muy bien qué aguardaba si no era tal vez el momento de retonar a Tipasa. Reconozco que constituye una gran locura, por lo demás casi siempre castigada, el volver a los lugares donde uno ha pasado su juventud y el pretender volver a vivir a los cuarenta años lo que uno amó o aquello de lo que uno gozó plenamente a los veinte. Pero ya sabía de esa locura. Ya había vuelto a ir una vez a Tipasa poco después de esos años de guerra que para mí marcaron el fin de la juventud. Creo que esperaba volver a encontrar allí una libertad que no me era posible olvidar. En efecto, en aquellos lugares, hace más de veinte años, pasé mañanas enteras errando entre las ruinas, respirando el aroma de los ajonjos, calentándome contra las piedras, buscando y descubriendo rositas, rápidamente deshojadas, que sobreviven a la primavera. Sólo al mediodía, a la hora en que las mismas cigarras callan abrumadas, huía yo delante del ávido resplandor llameante de una luz que lo devoraba todo. A veces, por las noches, dormía con los ojos abiertos bajo un cielo chorreante de estrellas. Entonces yo vivía. Quince años después volví a encontrar mis ruinas a algunos pasos de las primeras olas; a través de los campos cubiertos de árboles amargos y sobre los collados que dominan la bahía, recorría yo las calles de la ciudad olvidada y acariciaba aún las columnas color de pan. Pero ahora las ruinas estaban rodeadas de cercados, de suerte que no se podía penetrar en ellas más que por umbrales autorizados. Estaba asimismo prohibido, por razones que según parece la moral aprueba, pasearse durante las noches por las ruinas; durante el día siempre encontraba uno un guardia. Por casualidad, sin duda, aquella mañana llovía sobre toda la extensión de las ruinas.

Desorientado, andando a través del campo solitario y mojado, yo procuraba por lo menos volver a encontrar aquella fuerza, hasta el presente fiel, que me ayuda a aceptar las cosas tal y como son, cuando llego a reconocer que no estaba en mis manos cambiarlas. Y en efecto, yo no podía remontar el curso del tiempo, volver a dar al mundo la faz que yo había amado y que había desaparecido en un día, hacía ya tiempo. No fui efectivamente el 2 de septiembre de 1939 a Grecia, como lo tenía proyectado, pero la guerra en cambio había venido hasta nosotros para luego cubrir a la propia Grecia. Esa distancia, esos años que separaban las ruinas cálidas de los cercados, volvía a hallarlos igualmente en mí aquel día frente a los túmulos llenos de agua negra o bajo los tamarindos mojados. Educado al principio en el espectáculo de la belleza que era mi única riqueza yo había comenzado por la plenitud. Luego habían venido los cercados, quiero decir las tiranías, la guerra, la policía, la época de la rebelión. Había sido menester ponerse en regla con la noche: la belleza del día no era más que un recuerdo. Y en aquella Tipasa barrota hasta el recuerdo se esfumaba... Se trataba de la belleza, de la plenitud o de la juventud. A la luz de los incendios el mundo había mostrado de pronto sus arrugas y sus llagas, las antiguas y las nuevas. Había envejecido de pronto y nosotros con él. Bien sabía yo que ese impulso que había ido a buscar allí no alcanzaba sino a aquel que no sabe que va a lanzarse. No hay amor sin un poco de inocencia. ¿Dónde estaba la inocencia? Los imperios se desplomaban, las naciones y los hombres se mordían rabiosamente; tenemos la boca sucia. Siendo primero inocentes sin saberlo, éramos ahora culpables sin quererlo: con nuestra ciencia crecía el misterio. He ahí la razón por la cual nos ocupábamos, ¡oh irrisión!, de moral. Enfermo como estaba, yo soñaba con la virtud. En cambio, en la época de la inocencia yo ignoraba que existiera la moral. Ahora lo sabía y no era capaz de vivir a su altura. Andando sobre el promontorio que una vez yo había amado y avanzando entre las columnas del templo destruido, me parecía caminar detrás de alguien cuyos pasos sobre las baldosas y los mosaicos aún percibía,

pero a quien nunca jamás podría alcanzar. Volví a París y allí permanecí varios años antes de regresar a mi casa.

Sin embargo, durante todos esos años, sentía oscuramente que me faltaba algo. Cuando se ha tenido una vez la suerte de amar hondamente uno se pasa la vida buscando de nuevo ese ardor y esa luz del amor. El renunciar a la belleza y a la dicha sensual, que le es aneja, y ponerse exclusivamente al servicio de la desdicha exigen una grandeza que me falta. Pero a pesar de todo, la belleza aislada termina por hacer muecas y la justicia solitaria por oprimir. Quien quiere servir a una con exclusión de la otra no sirve a nadie, ni siquiera a sí mismo y viene a cometer, a la postre, dos veces una injusticia. Por fin llega un día en que a fuerza de rigidez ya nada asombra; todo es perfectamente conocido y la vida siempre la misma. Ésas son épocas de destierro, de vida seca, de alma muerta. Para revivir es menester recibir una gracia, olvidarse de sí mismo o tener una patria. Y ciertas mañanas, al volver una calle ocurre que cae un deleitoso rocío, que pronto se evapora, sobre el corazón. Sin embargo, queda en él aún la frescura que es lo que siempre exige el corazón. Me fue entonces preciso partir de nuevo.

Y vuelto a Argel una segunda vez, caminando aún bajo los mismo torrentes de lluvia que me parecían no haber cesado de caer desde una partida que creí definitiva, en medio de esa inmensa melancolía que me hacía sentir la lluvia en el mar, a pesar de cielo de brumas, a pesar de esos lomos fugitivos a través de la lluvia, a pesar de esos cafés cuya luz sulfurosa descomponía los rostros, me obstinaba en esperar. ¿No sabía acaso yo que las lluvias de Argel, que parecen no terminar nunca cesan empero en un instante como esos ríos de mi país que desbordándose en dos horas devastan hectáreas de tierra y de pronto se secan sin más? Y, en efecto, un atardecer dejó de llover. Esperé aún que pasara la noche. Entonces amaneció una mañana líquida, deslumbrante, sobre el mar puro. Del cielo, fresco como un ojo lavado y vuelto a lavar por las aguas, reducido por aquellas sucesivas lejías a su trama más fina y más clara, descendía una luz vibrante que daba a cada casa, a cada árbol, un dibujo sensible, un no sé qué de nuevo y asombrado. En la mañana del mundo la tierra debió de surgir en medio de una luz semejante. Volví entonces a emprender el camino que lleva a Tipasa. Para mí no hay ni uno solo de esos sesenta y nueve kilómetros de camino que no tenga recuerdos y no me produzca determinadas sensaciones. La infancia violenta, los ensueños de la adolescencia, las mañanas, las muchachas frescas, las playas, los jóvenes músculos siempre prontos a realizar su esfuerzo máximo, la ligera angustia del atardecer en un corazón de dieciséis años, el deseo de vivir, la gloria, y siempre el mismo cielo, a lo largo de los años, inextinguible de fuerza y de luz, insaciable él mismo, que devora una a una, durante meses, las víctimas que se le ofrecen en cruz sobre la playa a la hora fúnebre del mediodía. También siempre es el mismo mar, mar casi impalpable por la mañana y que viene a encontrar al extremo del horizonte en el punto en que el camino, apartándose de Sahel y de sus colinas, cubiertas con viñedos de color de bronce, desciende hacia la costa. Pero no me detuve a contemplarlo. Sentía deseos de volver a ver el Chenoua, esa montaña pesada y sólida cortada en un bloque único que se extiende al oeste y a lo largo de la bahía de Tipasa antes de descender ella misma al mar. Se la distingue desde lejos, ya mucho antes de llegar, vapor azul y ligero que se confunde aun con el cielo. Pero poco a poco va condensándose a medida que uno avanza hacia ella y por fin llega a asumir el color de las aguas que la rodean, gran ola inmóvil cuyo prodigioso impulso habría sido brutalmente fijado de un golpe por encima del mar en calma. Acercándose aún más a ella, ya casi a



1979, 1980, 1983.

las puertas mismas de Tipasa, su masa se yergue terrosa y verde; he ahí al viejo dios musgoso al que nada conmoverá, refugio y puerto para sus hijos entre los cuales me cuento. Mientras la contemplo franqueo por fin los cercados y vuelvo a encontrarme entre las ruinas. Y bajo la luz gloriosa de diciembre, como acontece sólo una o dos veces en algunas vidas que, después de ello, bien pueden estimarse colmadas, volví a encontrar exactamente lo que había ido a buscar y que, a pesar de los tiempos y del mundo, se me ofrecía verdaderamente a mí solo en esa naturaleza desierta. Desde lo alto y en medio de un espacio libre en el que se estaban diseminados en profusión olivos, se distinguía la aldea.

De allí no veía ningún ruido; sólo ligeras columnas de humo ascendían en el aire límpido. También el mar permanecía callado como sofocado bajo la ducha ininterrumpida de una luz chispeante y fría. A lo lejos, proveniente de Chenoua, un canto de gallo era lo único que celebraba la gloria frágil del día. Del lado de las ruinas y en toda la extensión que la vista podía alcanzar, no se veían sino piedras picadas y menudas, ajenjos, árboles y columnas perfectas en la transparencia del aire cristalino. Parecía que la mañana se hubiera detenido por un instante incalculable. Años de furor y de noche se fundían lentamente en esa luz y en ese silencio. Dentro de mí mismo, escuchaba yo un ruido casi olvidado y era como si mi corazón detenido desde hacía tan largo tiempo, volviera a latir dulcemente de nuevo. Y ahora, con el espíritu despierto, iba reconociendo uno a uno los sonidos imperceptibles de que estaba hecho el silencio: los suspiros ligeros y breves del mar al pie de las rocas, la vibración de los árboles, el canto ciego de las columnas, el movimiento de los ajenjos, los furtivos lagartos. Yo oía todo eso y también las oleadas de felicidad que ascendían en mi interior. Me parecía que al fin había vuelto al puerto, por lo menos por un instante, y que ese instante, en lo sucesivo, ya no tendría fin... Pero poco después el sol visiblemente subió un grado en el cielo. Un mirlo comenzó a preludiar brevemente un canto y entonces de todas partes voces de pájaros estallaron con una fuerza, un júbilo, una alegre discordancia y un éxtasis infinitos. La jornada se había puesto otra vez en marcha. Tenía que llevarme hasta la noche.

A mediodía andando por las pendientes medio arenosas y cubiertas de heliotropos como si fuera una espuma que hubieran dejado al retirarse las furiosas olas de los últimos días, yo contemplaba el mar que a esa hora apenas se levantaba con leve movimiento agotado y satisfacía esas dos sedes que no puede uno engañar por mucho tiempo sin que el propio ser se desee, quiero decir, amar y admirar. Porque sólo es mala suerte no ser amado y desgracia el no amar. Hoy todos morimos a causa de desgracia. Lo que ocurre es que la sangre y los odios descarnan hasta el propio corazón; la larga reivindicación de la justicia agota el amor que, sin embargo, fui quien le dio nacimiento. En la situación en que hoy vivimos el amor es imposible y la justicia no basta. He ahí por qué Europa odia el día y no hace sino oponerse la injusticia a sí misma. Mas para evitar que la justicia se endurezca, hermoso fruto anaranjado que no contiene más que una pulpa amarga y seca, fui a Tipasa para volver a descubrir allí que era menester guardar dentro de uno mismo intactas la frescura y la fuerte de alegría, que era preciso amar el día que escapa a la injusticia y retornar al combate habiendo conquistado esa luz. Volvía a encontrar allí la antigua belleza, un cielo joven, y consideraba mi suerte al comprender al fin que en los peores años de nuestra locura nunca me había abandonado el recuerdo del cielo de Tipasa. A él debía, en último término, el no haberme desesperado. Siempre había sabido que las ruinas de Tipasa eran más jóvenes que nuestros astilleros o nuestros escombros.

El mundo volvía a empezar todos los días en una luz siempre nueva. ¡Oh luz! Es el grito de todos los personajes puestos frente a su destino en el drama antiguo. Ese recuerdo último era también el nuestro y ahora yo lo sabía. En medio del invierno venía a saber que en mí un verano invencible.

Volvía a abandonar a Tipasa para ir otra vez a Europa con sus luchas. Mas el recuerdo de aquella jornada me sostiene aún y me ayuda a acoger con el mismo corazón aquello que nos transporta y aquello que nos abate. En la hora difícil en que nos hallamos, ¿qué otra cosa puedo desear si no es no dejar nada excluido y aprender a trenzar el hilo blanco y el hilo negro de una misma cuerda estirada a punto de romperse? En todo cuanto hice o dije hasta ahora me parece reconocer la influencia de esas dos fuerzas aun cuando se manifiesta opuestas. No pude renegar de la luz en medio de la cual nací y sin embargo no quise rechazar la servidumbre de este tiempo. Sería muy fácil oponer aquí al dulce nombre de Tipasa otros más sonoros y más crueles: para los hombres de hoy existe un camino interior que yo conozco muy bien por haberlo recorrido en los dos sentidos y que va de las colinas del espíritu a las capitales del crimen. Claro está que siempre puede uno descansar, adormecerse sobre la colina o bien tomar pensión en el crimen. Mas si uno renuncia a una parte de lo que es, se impone que uno mismo renuncie a ser; que hay que renunciar, pues, a vivir o a amar de otro modo que con integridad. De suerte que hay una voluntad de vivir sin rechazar nada de la vida, lo cual constituye la virtud que yo más admiro que habría querido ejercitar la virtud. Puesto que tan pocas épocas exigen como la nuestra que uno se haga igual tanto o lo mejor como a lo peor, me gustaría precisamente no eludir nada y conservar intacta una doble memoria de las cosas. Sí, existe la belleza y existen los humillados. Cualesquiera sean las dificultades de la empresa no quisiera ser yo infiel ni a la una ni a los otros.

Pero esto parece aún expresión de una moral y el caso es que vivimos para algo que va más allá de la moral. ¡Si pudiéramos nombrarlo, qué silencio sobrevendría! La colina de Sainte-Salsa, al este de Tipasa, está habitada por la noche. A decir verdad, todavía está claro, pero un desfallecimiento imperceptible de la luz anuncia el fin del día. Se levanta un viento ligero como la noche y de pronto el mar sin olas toma una dirección y comienza a correr como un gran río infecundo de un extremo al otro del horizonte. El cielo se oscurece. Entonces comienza el misterio, los dioses de la noche, lo que está más allá del placer. Mas, ¿cómo traducir todo esto? La monedita de allí que llevo conmigo tiene un rostro visible, hermoso rostro de mujer, que me repite todo lo que hube de aprender en esa jornada, y una cara corroída que siento entre mis dedos en el viaje de regreso. ¿Qué puede decir esa boca sin labios si no es exactamente lo que me dice otra voz misteriosa que suena dentro de mí y que todos los días me da cuenta de mi ignorancia y de mi felicidad? «El secreto que busco está enterrado en un valle de olivos bajo la hierba y las violentas frías, alrededor de una vieja casa con olor a sarmiento. Durante más de veinte años recorrí ese valle y aquellos que se le parecen; interrogué a los mudos cabreros; llamé a la puerta de ruinas inhabitadas. A las veces, a la hora en que se ve la primera estrella en el cielo aún claro bajo una lluvia de luz fina, me pareció saber. Y en verdad sabía. Tal vez siempre sé. Pero nadie quiere saber este secreto y por cierto yo mismo tampoco lo quiero; no puedo separarme de los míos. Vivo en mi familia que cree reinar sobre ciudades ricas y repugnantes, construidas de piedra y de brumas. Día y noche esa familia a que pertenezco habla altivamente y aquello que no se dobla ante nada, se desdobra ante ella: es sorda a todos los secretos. Sin embargo, su poder me aburre

y acontece que hasta sus gritos me cansen. Pero su desgracia es también la mía, somos de la misma sangre. Enfermo también yo, ¿no he gritado, cómplice y ruidosamente entre las piedras? También yo me esfuerzo por olvidar; camino por nuestras ciudades de hierro y de fuego, sonrío valientemente a la noche, llamo a las tempestades, seré fiel. En verdad me he olvidado: activo y sordo, en lo sucesivo. Mas tal vez un día cuando estemos próximos a morir de agotamiento y de ignorancia, yo pueda renunciar a nuestras tumbas chillonas para ir a tenderme en el valle, bajo la misma luz, y darme cuenta por última vez de lo que sé».

(1952)

El verano [1954], traducción de Alberto Luis Bixio, Edhasa, Barcelona, 1979.

De arriba abajo y de izquierda a derecha: 1988, 1989, 1989, 1990.

Serie *Mappa* [1971-1994], Alighiero Boetti, exposición *Estrategia de juego*, Museo Reina Sofía, Madrid, 2011.

